

Dario Fo

Hijos de Darwin

¿Somos monos por parte de padre o de madre?

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

En el principio fue la Biblia	9
<i>Adiós, paraíso terrestre</i>	9
El redescubrimiento del mundo	12
<i>Un joven curioso y sediento de saberes</i>	12
<i>Patatas que se acortan y picos que se alargan</i>	14
<i>Un diluvio colosal</i>	18
<i>Un auténtico mundo utópico</i>	20
Dos libros revolucionarios	22
<i>Correspondencia que despachar</i>	
<i>y conocimientos que divulgar</i>	22
<i>Contra la trata de esclavos</i>	24
<i>Un éxito inesperado</i>	25
<i>En parte peces, en parte monos</i>	26
La evolución sometida a ataques	29
<i>Bajo el fuego cruzado de católicos y conservadores</i>	29
<i>Mivart el envidioso</i>	30
<i>La revancha de Darwin</i>	33
<i>El libro de las caras</i>	34

De hormigas, perros, caballos y aves cantarinas	36
<i>Insectos hiperconectados y kamikazes</i>	36
<i>La cúpula del hormiguero</i>	38
<i>El perro al que le gustaba Brahms</i>	39
<i>Un caballo como amigo</i>	41
<i>El sentido estético entre los animales</i>	45
<i>Cada nuevo pensamiento genera insultos y amenazas</i>	49
Darwin y las mujeres	51
<i>La misoginia nació con el varón</i>	51
<i>Y fue la mujer acuática</i>	52
<i>La (escasa) fortuna del evolucionismo</i>	55
<i>Un chamán darwinista en las Galápagos</i>	57
<i>La sociedad matriarcal de Madagascar</i>	65
Métodos, errores y maravillas	69
<i>De vuelta a casa</i>	69
<i>La cooperación gana a la competencia</i>	71
<i>Mi abuelo y la pasiflora</i>	74
<i>La balsa de las hormigas</i>	77
<i>La observación antes que nada</i>	78
<i>Injertos, cruces y metamorfosis</i>	82
<i>Dinosaurios, peces voladores y otras monstruosidades</i>	87
La lección de Darwin	94
<i>Meticulosidad, prudencia y generosidad</i>	94
<i>Nunca te detengas</i>	96
Galería	99

En el principio fue la Biblia

Adiós, paraíso terrestre

Yo tenía diecinueve años cuando terminó la última guerra mundial. Todo se estaba transformando ante mis ojos y ante los de los chicos y chicas que tenían más o menos mi edad. Descubrimos que había otro mundo que se nos había mantenido oculto. Escritores y científicos extraordinarios que durante toda nuestra juventud nos habían sido prohibidos.

Descubrimos por ejemplo que, a propósito de la Biblia, todo el Génesis, es decir, la historia de Dios que crea al hombre y a la mujer y los pone a vivir en el paraíso, especialmente en lo que se refiere a los tiempos, casaba mal.

Y, sin embargo, hasta hace solo dos siglos, toda la población de la esfera terrestre estaba más que convencida de que el mundo en el que vivimos había sido creado por el Padre eterno en seis días. E incluso se conocía la edad exacta de la Creación, cuyo origen un erudito, católico por supuesto, como James Ussher, quien vivió en Irlanda en la primera mitad del siglo XVII, situaba con absoluta certeza, gracias a sus cálculos, en el 22 de octubre de 4004 a. C., alrededor del mediodía más o menos, justo a la hora en que todo el mundo suele irse a comer. Hoy no hay ningún científico en todo el mundo que no sonría irónicamente cuando se le recuerda

esa fecha tan precisa. Y es que, en efecto, como los chicos de entonces descubrimos más tarde, el nacimiento del universo se remontaba a más de 13.000 millones de años atrás — ¡una notable diferencia! —.

Y pensar que la Biblia, que nos ha transmitido esta historia, nos fue dictada, según los profetas, nada menos que por el Padre eterno en persona.

Si seguimos leyendo las Sagradas Escrituras, veremos al Creador terriblemente enojado por la simple razón de que Adán y Eva, esos dos hijos suyos varón y hembra, nada más venir al mundo, escogieran, entre sus distintas propuestas, el árbol del saber y del conocimiento en lugar del que prometía la eternidad.

—Fuera de aquí —ordenó Dios entre gritos—. Como castigo, sufriréis hambre, frío y grandes bochornos. Tú, mujer, parirás entre atroces dolores y, al final, ambos, en lugar de vivir para siempre, moriréis.

Caramba, ¡cómo se las gastaba ese dios, menudo carácter!

Pero la conmoción más impactante para mí y para los chicos de mi edad, justo después de 1945, vino cuando nos enteramos con absoluta certeza de que el primer hombre y la primera mujer no vieron la luz entre el Tigris y el Éufrates, como nos asegura la Biblia, sino en el corazón de África, y no el segundo día de hace seis mil años, sino dos millones de años antes. Pero entonces, nos dijimos, Adán y Eva eran africanos. Eso significaba que los primeros dos seres humanos eran de piel negra.

Al instante se me vino a la cabeza un pasaje bíblico en el que se advertía de que Dios creó a sus dos primeras criaturas a su imagen y semejanza. Así pues, si negras eran sus

criaturas, ¡Dios también tenía que ser negro! ¡Dios mío!
¡Un dios negro! Y no había discusión alguna que sacar a la
palestra.

¿Qué es lo que me lleva a desvelar al lector estas verdades históricas? Pues el hecho de que son más o menos las mismas que las que hace dos siglos provocaron en el joven Darwin una consternación igual a la que a este respecto sentimos nosotros, los jóvenes de la inmediata posguerra.

Pero ¿quién era este Darwin? Y, sobre todo, ¿por qué he venido aquí para hablar de él con tanto entusiasmo?

El redescubrimiento del mundo

Un joven curioso y sediento de saberes

Charles Darwin, nacido en Inglaterra a principios del siglo XIX, acabó demostrando según crecía, con su evolución cultural, que era uno de los genios absolutos de la ciencia de los últimos siglos.

Empiezo por decir al lector que Darwin provenía de una familia de personajes fuera de lo común. Sus abuelos y su padre eran médicos de profesión, todos ellos obsesionados por un deseo irresistible de descubrir, a través de la nueva ciencia, la verdad de un saber completamente desconocido. Y, sobre todo, formaban parte de esa parte de la humanidad que hoy llamamos progresista.

Para empezar, participaron con ímpetu extraordinario en las batallas contra el tráfico de esclavos y la explotación forzada de los trabajadores.

El joven Darwin se sintió a su vez intensamente partícipe en ese mismo deseo de conocimiento: «Cuando me hallo frente a toda realidad establecida — solía repetir —, siempre me surge la duda de que la verdad pueda ser otra». Siendo aún un niño, se convirtió en un ávido investigador, interesándose por los insectos para llegar a los seres vivos más complejos. Pero, como les sucede a prácticamente todos los niños de su edad, también se fijaba con especial atención y

emoción en las chicas, en particular en una algunos años más joven que él. Se llamaba Fanny.

Pasaba con ella todas las vacaciones de verano. Un día, mientras recogían en un campo de fresas algunos coleópteros, se encontraron tan cerca de una fresa que la mordieron al mismo tiempo y se besaron.

Sus encuentros predilectos eran, sin embargo, los que tenían lugar bajo el techo del edificio en el que vivía Fanny. Lo llamaban «el Paraíso». Podemos decir que en el Paraíso se amaron sin ninguna clase de cortapisas.

Sin embargo, por desgracia, llegó el momento en que el invierno obligó a Charles a abandonar a Fanny para ir a la Universidad de Edimburgo. Trató de entrar en la Facultad de Medicina, pero, en su primera oportunidad de asistir a la autopsia de un cadáver, se desmayó después de haber vomitado encima del maestro del despiece. Se le recomendó, por lo tanto, que se matriculara en la Facultad de Teología, algo menos sangrienta.

Su interés en la ciencia, sin embargo, no dejaba de crecer día a día, sobre todo gracias a las cartas que recibía y enviaba a otros jóvenes naturalistas y científicos famosos, cuyos artículos había leído y lo habían impresionado de forma notable.

Se quejaba a menudo de verse obligado a vivir en una isla como Inglaterra, puesto que al permanecer en ella resultaba difícil tocar con la mano la realidad que expresaba toda la creación. Por ello, a la edad de veinte años, decidió explorar de cerca todo el mundo, desconocido aún en gran medida. De ese modo, se embarcó en un buque de tres mástiles de la Marina real británica en calidad de investigador científico.